

Polis Revista Académica Universidad Bolivariana

Revista de la Universidad Bolivariana Volumen 1 Número 3 2002

Droga y Violencia: Fantasmas de la Nueva Metrópoli Latinoamericana

Martín Hopenhayn*

Dos fantasmas recorren la metrópoli latinoamericana: la droga y la violencia. Razones no faltan, dado que América Latina es la región con mayor ritmo de expansión urbana en el mundo, y con dinámicas que fácilmente se asocian al incremento tanto del abuso de drogas como del uso de la violencia: la peor distribución del ingreso del planeta que no parece remontarse ni siquiera con los años de reactivación económica durante la década de los 90; una población joven que en su mayoría se siente excluida de la política y el empleo, y para quien los canales de movilidad social son hoy más inciertos que nunca; la brecha creciente entre mayor consumo de imágenes y menor consumo de bienes palpables, vale decir, cada vez más manos vacías con ojos colmados de productos publicitados; y un creciente “desarraigo existencial”, compuesto por cambios de valores y territorios, y por la precariedad del empleo, todo lo cual lleva a vivir con menos piso y menos futuro.

Uno podría estar tentado de ver en los elementos recién consignados la combinación letal para pronosticar una epidemia de la droga y de la violencia. La primera, porque la droga puede parecer un sucedáneo a la mano para olvidarse de la exclusión, vivir la ilusión en que lo simbólico se confunde con lo material, compensar la falta de movilidad social o real con mucha movilidad dentro de la propia cabeza, convertir el desarraigo existencial en ligereza para viajar vía porro o bazuco. La segunda, porque la violencia se nutre de la marginalidad urbana, de brechas viscosas entre estratos sociales, de frustración por no acceder a bienes y servicios que se promocionan en todas las pantallas y escaparates, y de unacorrupción política y económica que difunde en el tejido social la idea de que “todos roban” y por tanto el que no llora no mama y el que no afana es un gil.

La gran ciudad se va colmando de oferta de drogas y los índices de violencia cotidiana parecen aumentar. Hay ciudades donde la violencia es de larga data, como Bogotá, Medellín, Caracas o Río. Ellas vieron aumentar más la violencia en los 80, coincidiendo con la crisis económica y su consiguiente costo social, con la acumulación de problemas urbanos no resueltos o con otras variables difíciles de ponderar. En el Cono Sur apareció la violencia e inseguridad urbana como una novedad sin precedentes, sobre todo en Buenos Aires en los 90, y en menor medida en Santiago. En ciudades como Caracas o Ciudad de México, la violencia pareció multiplicarse tras la debacle económica y los grandes golpes de estado económicos: el Caracazo en el 89, el Tequilazo algunos años más tarde. Y cuando la violencia se multiplica, viene para quedarse.

Por otra parte, ante la ausencia del fantasma del comunismo o de la revolución, los miedos de la gente encarnan en los nuevos elementos que minan la sensación de seguridad y control: la droga remite al desborde y la descontentión, y la violencia a la agresión y el descontrol. No es

* Filósofo chileno, funcionario de CEPAL. Miembro del Comité Editorial Ampliado de *Polis*

casual que en las encuestas de percepción el problema de la droga es percibido muy por encima de la magnitud real del problema de consumo de drogas. Y no es casual que los jóvenes populares estén tan estigmatizados por los medios de comunicación, la policía y la opinión pública: ellos, los que padecen mayor desajuste entre capital educativo y oportunidades de empleo, los nómades en la metrópoli, los más frustrados sen sus aspiraciones de consumo. ¿Cuánto, entonces, de fantasma y cuánto de epidemia hay en el consumo de drogas y el ejercicio de la violencia en la metrópoli latinoamericana? ¿Podemos descomponer ese fantasma en su genealogía, sus representaciones y sus mecanismos?

Las drogas

¿Porqué la droga figura hoy entre los problemas de mayor preocupación ciudadana en muchos países de América Latina? ¿Qué hace, por ejemplo, que la gente manifieste mayor preocupación, ansiedad y temor por el consumo de drogas de los jóvenes que por sistemas colapsados de seguridad social o de atención en los hospitales públicos, falta de infraestructura en las viviendas y en los vecindarios, segmentación en la calidad de la educación o problemas asociados a enfermedades catastróficas?

Una encuesta realizada hace casi cinco años en ocho países de la región mostró que en tres de ellos (Brasil, Chile y Perú) el problema de la droga era considerado por la gente más prioritario que la delincuencia, la corrupción o la violencia política.¹ Por otra parte, la misma encuesta revela, para los casos de ocho países de América Latina, que en todos ellos –salvo Perú– más del 75% de la población considera que la drogadicción ha aumentado mucho en los últimos años. Venezuela y Chile son los países con más altos porcentajes (91 y 89% respectivamente), seguidos por Uruguay (85%), Paraguay (84%) y Argentina (82%).² Resulta sugerente esta percepción tan generalizada respecto de un eventual aumento brusco de la “drogadicción”. ¿Responde esta percepción a un proceso efectivo? ¿Es tal el aumento de la drogadicción como para explicar este juicio categórico de la ciudadanía?

Como veremos en los Cuadros 1, 2 y 3, el consumo de drogas ilícitas en América Latina es muy inferior al del alcohol y el tabaco, aunque estos últimos no son tema de debate generalizado, ni de recursos para las arcas del Estado ni de capitalización política.

CUADRO 1

AMÉRICA LATINA (8 PAÍSES) POBLACIÓN MAYOR DE 12 AÑOS QUE CONSUME BEBIDAS ALCOHÓLICAS, ALREDEDOR DE 1996 (PORCENTAJES)

País	Año	Alguna vez	Último año	Último mes
Bolivia	1992	68,7	58,9	42,1
Chile	1996	83,7	70,3	46,7
Colombia	1996	...	59,8	35,2
Costa Rica	1995	62,3	40,3	24,8
México	1993	74,6	51,6	42,9
Paraguay	1991	36,5	31,6	25,8
Perú	1997	84,6	74,2	40,7
Venezuela	1996	80,5	66,0	28,8

Fuente: O.P.S. “Las condiciones de salud en las Américas, Vol. I y II, 1998.

* Niveles de consumo en países determinados según diversas encuestas.

¹ Ver “Latinobarómetro1995: opiniones y actitudes de los ciudadanos sobre la realidad económica y social”, CEPAL, LC/R. 1750, Santiago, 1997.

² *Ibíd.*, pp. 27-28.

CUADRO 2

**AMÉRICA LATINA (8 PAÍSES) POBLACIÓN MAYOR DE 12 AÑOS QUE CONSUME
TABACO, ALREDEDOR DE 1996 (PORCENTAJES)**

País	Año	Alguna vez	Último año	Último mes
Bolivia	1992	46,8	34,1	24,9
Chile	1996	70,2	47,5	40,4
Colombia	1996	38,8	25,9	22,2
Costa Rica	1995	35,2	18,3	17,5
México	1993	45,4	...	25,1
Paraguay	1991	24,3
Perú	1997	62,1	42,0	31,7
Venezuela	1996	31,8	25,7	24,4

Fuente: O.P.S., 1998.

* Informes provenientes de los países.

CUADRO 3

**AMÉRICA LATINA (8 PAÍSES) PREVALENCIA DEL CONSUMO DE SUSTANCIAS
ILÍCITAS EN LA POBLACIÓN MAYOR DE 12 AÑOS, ALREDEDOR DE 1996
(PORCENTAJES)**

País	Año	Alguna vez		Último año		Último mes	
		Marihuana	Cocaína	Marihuana	Cocaína	Marihuana	Cocaína
Bolivia	1994	2,5	1,2	0,6	0,2 (0,3)	0,2	0,1 (0,2)
Chile	1996	16,7	2,6	4,0	0,8 (0,6)	1,2 (0,2)	0,3
Colombia	1996	5,4	1,6 (1,5)	1,1	0,4 (0,3)		
Costa Rica	1995	3,9	0,9	0,5	0,2	0,3	0,1
México	1993	3,3	0,5	0,5	0,2	0,2	0,1
Paraguay	1991	1,4	0,1	1,4
Perú	1997	6,4	1,9 (3,1)	1,0	0,2 (0,7)	0,6	0,1 (0,5)
Venezuela	1996	3,2	1,5 (0,7)	1,7	0,7 (0,4)	1,0	0,5 (0,3)

Fuente: O.P.S., 1998.

- Las cifras entre paréntesis indican el consumo de “crack” o pasta de coca (base libre de cocaína)

Como puede observarse, el consumo potencialmente problemático de drogas ilícitas en ningún país considerado alcanza al 1% de la población, en contraste con el 25 a 46% para el caso de bebidas alcohólicas. La proporción de personas que consumen drogas ilícitas dentro del último mes en relación al total de personas que consumieron alguna vez en la vida, también es bajísima, contrariamente al prejuicio difundido de que la droga “basta probarla para engancharse”. Por el contrario, la tasa de persistencia es muchísimo mayor en el alcohol y el tabaco. ¿ Sólo se explica esto porque su acceso es más fácil, son drogas legales y socialmente tolerables? Difícil saberlo, pero por cierto la diferencia en intensidad de uso es sorprendente. Llama la atención, pues, que para la población general el consumo de drogas constituye una amenaza mucho mayor a la del alcohol y el tabaco.

Cabe hacerse aquí porqué esta aprehensión de la gente frente al consumo de drogas en las ciudades latinoamericanas. En Chile, por ejemplo, el problema de las drogas está entre los que más preocupan a la gente. Diez de cada cien personas entrevistadas en la encuesta Latinobarómetro de 1995 colocaron el problema de la droga en el país como el más importante, por encima de otros más estructurales y masivos como la educación, la vivienda y las oportunidades para los jóvenes, y casi al mismo nivel de la salud y muy por encima de los problemas políticos.³ ¿ Y qué nos dicen las encuestas respecto del consumo de drogas en el país? .

CUADRO 4

CONSUMO DE DROGAS EN CHILE. POBLACIÓN QUE HA HECHO USO, DE VIDA EVENTUAL, ACTUAL, FRECUENTE Y ABANDONO. AÑO 1998

	Prevalencia	Prevalencia	Prevalencia	Prevalencia	Ex
USOS	Vida:	Año	Mes:	Tres por mes:	Consumo:
	Uso de vida	Uso eventual	Uso actual	Uso frecuente	Abandono
Sustancias					
Ilícitas					
Marihuana	1'163.960	328.296	135.344	40.103	832.887
base cocaína	157.555	56.220	25.681	5.349	101.335
HCL cocaína	279.017	91.618	28.457	4.493	186.011
Controladas					
Tranquilizantes	2'116.922	868.979	478.216	82.397	1'179.924* *
Anfetaminas	377.576	76.348	29.151	6.941	300.533*
No controlada					
Alcohol	5'805.224	4'916.811	3'613.343	2'655.084	930.057**
Tabaco	4'868.920	3'268.388	2'840.146	1'811.161	1'679.656* *

*Para 1996 **Estimaciones

Fuentes: CONACE. *Tercer Estudio Nacional de Consumo de Drogas en Chile 1998*. Santiago, abril 1999.

MINISTERIO DE EDUCACION Y OTROS. *Primer Informe de Consumo de Alcohol, Tabaco y Drogas en Escolares del País en 1995*, Santiago, enero 1996.

El cuadro 4 revela que el uso frecuente de drogas “duras” como la pasta base y el cloridrato de cocaína, alcanza a una población que no llega a los 10.000 habitantes, menos del 0.07% de la población total. De estos, no sabemos qué porcentaje es consumidor problemático o compulsivo, con riesgos y daños para su salud, su productividad y su entorno afectivo. En el caso de la marihuana, menos del 0.3% de la población reconoce un uso frecuente, y dadas las características del consumo de marihuana (principalmente festiva y recreacional), lo más probable es que un porcentaje muy bajo de esos 40.103 tengan problemas o costos personales derivados del uso de la droga.

³ *Ibíd.*, p. 18. En Brasil el tema de las drogas aparece con el mismo peso en la opinión pública que el desempleo, los bajos salarios, la pobreza y la educación.

Se contra-argumenta que, más importante que la prevalencia-vida o prevalencia-mes del consumo de drogas, es su evolución en el tiempo y su aumento sostenido. Pero allí también, si se compara para el caso chileno la encuesta longitudinal, hecha con muestra y metodología parecida por parte del CONACE, encontramos que para 1994, 1996 y 1998 los datos no varían sensiblemente. Aumenta la prevalencia de vida, lo que es sólo un dato demográfico (un rango etario cada vez más amplio ha probado alguna droga alguna vez en su vida). Pero la evolución desmiente cualquier tesis de “epidemia” o “escalada” en el consumo de drogas.

Se puede, todavía, objetar que existe un sesgo inevitable en las encuestas dado el estigma y la penalización de las drogas: la gente tiene resistencia a reconocer que consume drogas ilícitas. Sin embargo estas encuestas son bastante anónimas en su procedimiento, y aun incorporando un margen de sesgo, el total de consumidores frecuentes aumentaría en un margen que no llega a constituir un grupo poblacional de mayor incidencia.

Al contrastar las encuestas de opinión sobre problemas percibidos por la sociedad, con el uso frecuente y potencialmente de drogas en la población, puede verse un **claro desajuste entre la percepción de un problema y la magnitud del mismo**. Este es el punto en el que cabe introducir una primera noción de **fantasma**.⁴ Entenderemos por tal una brecha entre percepción social y magnitud social de un problema.

Sin embargo enfrentamos un problema interpretativo: ¿cómo determinar la magnitud social de un problema a fin de ponderar el fantasma, vale decir, la magnitud de la brecha aludida? Una cosa es el problema de la droga medido por encuestas de consumo y ponderandola población eventualmente problemática en relación a la población total; o contrastando la población de uso frecuente vs. la prevalencia de vida. ¿Pero acaso estos ejercicios dan cuenta del problema en su “magnitud real”?

Aquí cabe incorporar una corrección en el planteo. **La droga es un fantasma en la medida que su incidencia estadística no guarda proporción con su resonancia simbólica**. Hay algo de signo, de señal y de síntoma en la droga, o más bien en la proyección significativa que la sociedad hace sobre la sustancia-droga, que hace que su impacto desborde ampliamente su efecto o su daño “medible”. Importa, entonces, **deconstruir el fantasma**, vale decir, desmontar el prejuicio común respecto del daño efectivo de la droga en la sociedad (daño estadísticamente acordado por la tasa de prevalencia de consumo/mes) y reconstruir, desde allí, las **zonas de transferencia** que explican el fantasma. Definiré aquí tales zonas de transferencia como los desplazamientos imaginarios desde un ámbito de problemas a otro ámbito, en el entendido que la sobrecarga simbólica de la droga viene dada por la proyección desde otros problemas sociales, más o menos difusos, hacia esta sustancia que “concentra” temores y aprehensiones que tienen otro origen.

Dicho de otro modo, lo propio del fantasma, en este caso, es su condición de “punta de iceberg” y de “caballo de Troya”. Lo primero, porque la aprehensión frente al consumo de drogas revela temores y vulnerabilidades respecto de dinámicas sociales que trascienden largamente la droga misma, pero que a la vez se condensan imaginariamente en el uso de drogas. Lo segundo –el caballo de Troya- porque la lucha contra el consumo de drogas enmascara un cúmulo de agresiones, más o menos indefinidas en sus motivaciones y objetos reales, y que se escudan tras la cruzada por “una sociedad libre de drogas”. Vamos, pues, a la punta de iceberg y al caballo de Troya.

⁴ Quiero advertir que si bien las nociones de fantasmas aquí planteadas se nutren de la psicología, no son rigurosas ni construyen sobre el concepto tal como ha sido desarrollado por la tradición psicoanalítica y específicamente lacaniana. Me interesa aquí operar inductivamente, construyendo nociones de fantasma a partir de los problemas tratados.

Respecto a la punta de iceberg

Existe hoy una clara tendencia de las personas a remitir cada vez más sus fuentes de autoregulación a elementos exógenos. Se trata de la **ratio** misma de la sociedad de consumo y también del espíritu propio de la vida en la gran ciudad: colocar fuera del sujeto la mayor cantidad posible de fuentes requeridas para su bienestar, su satisfacción y su felicidad. Es nuestro "modo aleopático", cosmopolita y adquisitivo de ser en el mundo, combinados para reforzarse. Además, en las grandes ciudades el estrés laboral, la sensación de vulnerabilidad frente a los demás, las expectativas de consumo, la ansiedad y falta de espacios de tregua, llevan cada vez a depender de fármacos u otros satisfactores para re-inducirnos en aquello que ya no podemos generar con nuestras propias facultades: el entusiasmo festivo, la introspección, la euforia, la distensión, la inspiración, la expresividad, la capacidad comunicativa, y otros. Este síndrome de **des-habilitación anímica** encuentra su mejor metáfora en la droga. Desplazamos el vacío interior en un elemento que lo metaforiza, y expurgamos ese vacío depositando toda la carga en ese elemento: la droga. Es en ella donde se da con mayor elocuencia la dependencia exógena para nuestro ánimo. En ella reconocemos la pérdida de nuestra autonomía espiritual, de nuestra capacidad espontánea para relajarnos, entusiasrnos u olvidarnos.

Algo parecido ocurre con el culto a la obtención inmediata de placer en las sociedades de consumo y muy especialmente en la vida metropolitana. No quiero con esto impugnar el placer. Me refiero más bien a un tipo específico de valoración del placer, que tiende a imponerse en la sensibilidad publicitaria, en los mensajes de los medios de comunicación, en los escaparates de los malls, en las conversaciones entre profesionales exitosos, en el mundo del espectáculo y también en los jóvenes privados de inserción productiva. Esta valoración específica del placer nos propone la imagen seductora de una vida poblada por una secuencia de sensaciones placenteras, una vida donde el placer debe ir en aumento, donde el presente debe intensificar su vibración cada vez más, donde la sensoriedad debe acceder a una excitabilidad progresiva. Una vida en que la misma hiperkinesia que opera en el mundo del trabajo y del dinero debe darse en la esfera del ocio, el descanso y la recreación. Pero al mismo tiempo nos impone la ansiedad que anticipa la frustración, la sensación de vacío ante las pausas en que baja la adrenalina o la excitación, la confusión respecto del sentido de la vida en medio de este pastiche de colores vistosos y efectos especiales. Aquí también las drogas son una metáfora de la excitabilidad progresiva, la ansiedad anticipatoria, la depresión post-efectos, en fin, la tensión por mantener la tensión. ¿Qué mejor metáfora para el principio de obsolescencia acelerada de la sociedad de consumo, que el aumento en el umbral de tolerancia de las drogas psicoactivas (vale decir, a mayor frecuencia en el uso, necesidad de mayores dosis para obtener el mismo nivel de placer)?

Encontramos hoy grandes contingentes de jóvenes que viven situaciones de fuerte desmotivación, padecen los altos niveles de desempleo, ya no se sienten movilizados por utopías políticas o adscripciones sociales, se perciben como ciudadanos de tercera o cuarta categoría, y sólo les queda la opción de gratificaciones de carácter cada vez más efímeras y menos ligadas a un proyecto de vida. No hay grandes causas ideológicas para redimir el tedio de la cotidianidad en un futuro masivamente liberador; son cada vez más difíciles los accesos a empleos que permiten altas tasas de retorno a la educación previamente adquirida en la educación pública; es cada vez mayor la precariedad o provisoriedad de los lazos sociales y las identificaciones simbólicas. En este tiempo y este tempo, las drogas metaforizan lo que está en el aire: gratificación espasmódica, pérdida de proyección, falta de inserción social y política, debilitamiento valórico. Condensan en el imaginario colectivo este signo de los tiempos en la urbe latinoamericana donde campea la incertidumbre respecto del futuro y el recurso a plenitudes intensivas pero a la vez efímeras, con nuevas

generaciones de jóvenes que circulan por la gran ciudad, huérfanos de relato y carentes de empleo. ¿Qué mejor metáfora que la droga para condensar estas fracturas y recomposiciones anímicas?

El consumo de drogas también se asocia **a la merma o pérdida de rituales de comunión y de pasaje en una sociedad secularizada**. Pensemos en los efectos de las drogas: la comunión con los pares (complicidad en el consumo), y las metamorfosis subjetivas que sugieren formas fugaces de pasaje existencial. La cohesión interna del grupo, al mismo tiempo que la diferenciación hacia afuera, metaforiza la falta de mecanismos institucionalizados de pertenencia y de comunidad. La secularización de las relaciones humanas, unida a un patrón de modernización con altos grados de exclusión y fragmentación social, borra las huellas de la comunidad, desdibuja las instancias de comunión, infantiliza a los jóvenes que no logran hacerse oír ni abrirse un espacio, posterga cada vez más el ingreso a la vida adulta. Fenómenos propios de la modernización intensiva como son el descentramiento del espacio, la pérdida de identidad ciudadana, la orfandad respecto del barrio y la falta de los canales clásicos de reconocimiento social, no necesariamente llevan al consumo de drogas: pero en dicho consumo la población general proyecta, como un fantasma difuso, esta desestructuración. La droga aparece como metáfora de la disolución de vínculos comunitarios. El problema se desplaza hacia su solución “espuria” o “sucedánea”: allí, en el consumo de drogas, hay la ilusión de la comunión, del pasaje, del reconocimiento y de la inclusión. Como ilusión, acuña en su reverso todas las carencias que la metáfora compensa.

Respecto del caballo de Troya

El caballo de Troya ocurre a escala global y a escala nacional en el campo de la política. En el terreno internacional, la droga ha pasado a ser el ámbito problemático desde el cual Estados Unidos incrementa su vigilancia satelital hacia el resto del mundo, condiciona el intercambio comercial y la cooperación técnica, exporta inteligencia militar y tropas de carne y hueso, sanciona a gobiernos de otros países en foros internacionales y en los medios de comunicación, y difunde una mentalidad moralizante donde puede. Ya no está el comunismo como caballo de Troya. Y lo mismo ocurre en la mayoría de los países de América Latina, donde la política se va trasladando al campo dialogado de la democracia (en unos países más que en otros), y por tanto los gobiernos ya no acostumbran a dictaminar discrecionalmente estados de excepción, o excepciones al Estado de Derecho invocando el fantasma de la guerrilla o del enemigo político.⁵ Sintomáticamente, en la legislación sobre control del tráfico y consumo de drogas donde estas excepciones vuelven a introducirse por la ventana.

¿ Por qué esta obsesión con las drogas, esta adicción a combatirla con tantos recursos mal invertidos, tantos contra-efectos sociales, conflictos y restricciones? ¿ Por qué la droga es aquí un fantasma, vale decir, despierta políticas y actitudes desproporcionadas ? Al respecto deseo plantear la siguiente conjetura. Si como punta de iceberg la droga metaforiza las fracturas que la modernidad/modernización provoca, como caballo de Troya metaforiza lo que pueda constituir una amenaza a la modernidad, no ya como consecuencia de ella, sino como el sabotaje cultural a la modernidad: la sombra que la acecha, la pulsión que se interpone en su camino.

Hoy la droga es la bestia negra que para muchos detona lo que el sujeto racionalizado y disciplinado del Occidente moderno no puede tolerar, y que le es disfuncional a su proyecto de productividad progresiva: desborde anímico, excesiva expansividad imaginante, desorden de la razón, resblandecimiento de las categorías analíticas, merma de la voluntad productiva. La droga encarna el aguafiestas del modelo ideal del sujeto productivo, analítico, de rutinas que no son

⁵ Exceptuando Colombia, claro está.

quebradas ni por las dudas existenciales, ni por el desfallecimiento anímico ni la debilidad de las convicciones. Rompe las bases filosóficas de la modernidad por los efectos que provoca: difuminación de las ideas claras y distintas del sujeto cartesiano mediante la irrupción de asociaciones “interseriales” en la conciencia, y de formas de desplazamiento y condensación de ideas en la vigilia; distorsión de las categorías del conocimiento y los juicios sintéticos del sujeto kantiano, sobre todo por los cambios en la percepción de la temporalidad y la apertura a otras formas de espacialidad bajo el efecto de psicotrópicos; sabotaje al sujeto maximizador mediante la dilapidación de energías productivas en el sujeto económico moderno; y deconstrucción del sujeto de control y cálculo, mediante experiencias de embriaguez que mueven a la fusión sujeto-objeto, y a la pérdida de individualidad separada del mundo. Por donde se mire la droga mina las bases de la subjetividad moderna. No es casualidad que la prohibición se instituya en el mundo en los tiempos que se instituye el taylorismo en las fábricas de Detroit, cuando más se define la subjetividad por una relación tiempo-movimiento que debe maximizarse.

La droga queda así estigmatizada como el aguafiestas del progreso y de la modernidad. La estigmatización genera en la prensa, en la política internacional e interna, y finalmente en la conciencia social una desproporción entre la magnitud real del problema y la magnitud que aparece en el discurso de masas y de la política. Esto afecta la capacidad de los sujetos para discriminar a ciencia cierta o manejar mayor criterio en sus juicios respecto del problema. Pero afecta también el cimiento democrático de nuestras sociedades, sobre todo cuando se acepta, en esta materia, la hegemonía de los Estados Unidos.

Aquí radica el mayor problema, a saber, el uso del caballo de Troya del combate a las drogas para reproducir un estilo autoritario de gobierno o de control social. La regresión de la condición de ciudadanía democrática, provocada por estados de excepción, legislaciones internacionales que ponen entre paréntesis la soberanía nacional, y legislaciones nacionales que corroen la libertad personal, muestran la relación contradictoria entre política de drogas y ciudadanía democrática. Los medios de comunicación poco favorecen a revertir esta tendencia: la forma en que los emisores de mensajes, muchas veces haciendo uso del tema droga como parte de la competencia política o del catastrofismo que vende, imprimen tonos apocalípticos al tema, refuerzan la tendencia a inmolar derechos ciudadanos en el altar incuestionable de la “guerra a las drogas”. La capitalización política del tema, sea en la política interna o en la lucha por la hegemonía política a escala hemisférica o global, ha provocado tal ruido comunicacional para retrotraer el tema a su esfera específica de prevención del consumo indebido y del control de la oferta, que enfrentamos hoy un “superávit simbólico” que oscurece el intercambio transparente de información veraz.

Vemos de donde se nutre el estigma y el fantasma de la droga. Por un lado, los psicoactivos son representados imaginariamente como amenaza a las bases mismas del sujeto moderno. Y por otro lado, desde la analogía entre droga e ideología enemiga: las drogas, como el comunismo, vienen de afuera hacia adentro y por tanto son un problema de seguridad nacional; corroen el alma y el espíritu del pueblo y por lo tanto su lucha debe hacerse incluso sacrificando márgenes de libertad y autonomía personal.

Finalmente, el caballo de Troya se disemina en el tejido social y el discurso de la droga se utiliza como desplazamiento de la agresión entre distintos grupos. Esto se da con especial fuerza en los conflictos etarios, y sobre todo la descalificación de los jóvenes por parte de las poblaciones adultas. Con sorprendente facilidad se tilda a la población joven de drogadicta y, desde allí, la proximidad discursiva engloba a la juventud bajo la marca vaga y genérica de lo disruptivo y no confiable.

Estos juicios y apreciaciones respecto a la incidencia de la droga en los jóvenes resultan desproporcionados al examinar los datos disponibles. En Chile, por ejemplo, aunque 176.000 adolescentes de la educación media han usado drogas alguna vez en su vida, solamente 1.600 consumen cocaína o pasta básica y unos 10.000 fuman marihuana de manera frecuente. Entre los jóvenes que estudian en las universidades o están iniciando su vida laboral en diversas actividades hay unos 530.000 que han utilizado drogas alguna vez en su vida, pero 324.000 no lo han vuelto a hacer (el 61%), mientras actualmente unos 3.300 están consumiendo base y clorhidrato de cocaína y 17.000 marihuana. (ver cuadro 5).

CUADRO 5
CONSUMO DE DROGAS EN CHILE
USO FRECUENTE (USÓ TRES O MÁS VECES POR MES)
POR EDADES AÑO 1998 - PERSONAS

Grupos etareos	12-18	19-25	26-34	35-44	45-64
Poblacion	1.241.842	1.171.790	1.394.931	1.438.862	1.693.302
Modos de uso	uso frecuente	uso frecuente	Uso frecuente	uso frecuente	uso frecuente
Sustancias					
Illicitas					
Marihuana	10.303	16.943	8.928	3.326	502
Base	1.035	1.757	1.569	659	247
HCL cocaína	569	1.591	1.586	568	160
Controladas					
Tranquilizantes	4.428	7.593	14.439	19.171	36.985
No controladas					
Alcohol	284.063	519.891	586.912	597.178	666.912
Tabaco	205.346	392.232	420.133	441.002	352.561

Fuentes: MINISTERIO DE EDUCACION Y OTROS: *Primer Informe de Consumo de Alcohol, Tabaco y Drogas en Escolares del País en 1995*. Santiago, enero 1996.

CONACE. *Tercer Estudio Nacional de Consumo de Drogas en Chile 1998*. Santiago, abril 1999.

¿ Por qué, entonces, el papel central de la droga en la descalificación de los jóvenes?

Aquí la droga opera como fantasma en doble sentido: como punta de iceberg y caballo de Troya. Los jóvenes son objeto de estas generalizaciones porque en ellos se concentra la mayor incertidumbre respecto del futuro, las mutaciones más fuertes respecto de valores y normas, y la mayor exposición a los cambios en estilos de vida. La asociación subliminal con la droga resulta fácil tras estas consideraciones: la droga sería la punta del iceberg para expresar condiciones generales de tipo etario. Pero además los jóvenes son la gran amenaza para los adultos: amenaza a sus visiones de mundo, a su estabilidad laboral porque compiten con mayor formación educativa, y a la autoridad basada en la edad. La punta del iceberg se convierte en caballo de Troya: se utiliza la cruzada contra las drogas para desposeer de autoridad e interlocución a un grupo etario con quien los conflictos tienen su fuente real en otros campos.

La violencia

El problema de la violencia es muy distinto al del consumo de drogas, aunque en algunos países de la región tiene estrecha relación con el narcotráfico. En estos últimos puede observarse, entre mediados de los '80 y de los '90, una importante relación entre el aumento de la mortalidad

por efecto de la violencia delictiva, y la expansión del narcotráfico. Tales son los casos de Colombia, Brasil, México y Perú (Ver Cuadro 6).

CUADRO 6

AREA ANDINA, BRASIL Y MÉXICO: TASAS DE HOMICIDIO POR CADA 100 MIL HABITANTES, 1984 Y 1994

Regiones	1984			1994		
	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres
<i>Área Andina^b</i>	25.2	46.6	4.0	51.9	96.6	7.7
<i>Cono Sur^d</i>	5.4	9.3	1.8	6.2	10.5	1.9
<i>Brasil</i>	23.2	42.4	4.0	30.1	54.8	5.2
<i>México</i>	18.2	33.3	3.1	19.5	34.8	3.8

Fuente: OPS, 1998.

Esta relación entre violencia y narcotráfico es clara. Pero lo que importa preguntarse aquí es por las correlaciones generales entre el incremento o la persistencia de la violencia urbana en muchas metrópolis de la región, y distintas variables sociodemográficas y socioeconómicas que contribuyan a aclarar la caja negra de la violencia. En segundo lugar, me interesa examinar si hay correlación entre el muy fuerte incremento de sensación de inseguridad en la población urbana de América Latina, y un aumento proporcional en hechos delictivos y de violencia. En tercer lugar, y considerando los anteriores, quisiera considerar el fantasma de la violencia.

VARIABLES SOCIODEMOGRÁFICAS Y SOCIOECONÓMICAS EN RELACIÓN A LA VIOLENCIA

Una revisión de algunos datos sociodemográficos y socioeconómicos actualizados para América Latina, permite afirmar que:⁶

- No hay correlación necesaria entre porcentaje de población urbana sobre población total y violencia. Ejemplo: Argentina tiene un 90% de población urbana y Chile 86% vs. 74% en Colombia u 80% en Brasil, y sus tasas de homicidios son muy inferiores.
- No hay correlación necesaria entre el aumento en porcentaje de la población urbana y el aumento de la criminalidad. Bolivia incrementó su población urbana de 36 a 60% del total nacional entre 1970 y 1995 y Paraguay del 37 al 52%, mientras Colombia lo hizo del 58 al 72% en el mismo período, y Venezuela del 72 al 86%; y la violencia urbana en Bolivia y Paraguay ha permanecido relativamente estable mientras en Colombia y Venezuela ha aumentado sostenidamente durante ese lapso de tiempo.
- Sí pueden existir correlaciones entre aumento de la violencia y del desempleo. Así, por ejemplo, Buenos Aires ha padecido un incremento significativo de la violencia en los 90, mientras la tasa de desempleo en el país aumentó de 7.4 en 1990 a 17.5 en 1995 y 17.2 en 1996. En Colombia, la tasa de desempleo se ha mantenido casi todo el período 1970-1997

⁶ Basado en las estadísticas del Anuario Estadístico de la CEPAL correspondientes a 1999.

en los dos dígitos, y coincide con el aumento de la violencia urbana. En Venezuela ocurre lo mismo. Pero también hay casos donde las fluctuaciones en el desempleo no generan mayor violencia, como son los casos de Uruguay y Bolivia. Por otra parte, y esto es quizás más importante, cuando el desempleo aumenta sostenidamente y luego desciende, este descenso no va acompañado de una baja en la violencia urbana.

- En cuanto a los cambios en la distribución del ingreso, es muy probable pero no inexorable la relación entre un deterioro distributivo y un aumento en la violencia. Por un lado vemos que Argentina, Brasil y Venezuela, países donde sí se ha incrementado la violencia urbana, ha empeorado la distribución del ingreso. Mientras en Argentina el primer decil (más pobre) bajó su participación en los ingresos del 2.8 al 2.1% entre 1980 y 1997, el más rico subió de 30.9 a 35.8% en el mismo lapso. En ese período de tiempo, los cuatro primeros quintiles bajaron su participación, y sólo el quinto quintil subió fuertemente. Vale decir, hubo una clara concentración de los ingresos. En Brasil, el país de peor distribución del ingreso en la región, el primer decil bajó de 1.3 a 1.1% su participación en los ingresos entre 1979 y 1996, mientras el decil más rico subió de 39.1 a 44.3% en el mismo lapso, y fue el único decil que subió su participación en los ingresos. Coincide esto en un período de aumento en la violencia urbana. En Venezuela, otro país de fuerte incremento en las tasas de homicidios durante las últimas dos décadas, el decil más pobre bajó su participación en los ingresos de 2.5% a 1.8% entre 1981 y 1997, y el más rico subió "escandalosamente" del 21.8 al 32.8% en el mismo lapso, y sólo el quintil más rico subió su participación en los ingresos mientras el resto bajó fuertemente. Pero en Colombia, por ejemplo, el primer decil aumentó su participación de 0.9 a 1.4 entre 1980 y 1997, mientras el decil más alto bajó de 41.3 a 39.5% en el mismo lapso. Chile, con una mala distribución del ingreso, no alteró dicha estructura, y es un país con un nivel relativo de baja violencia urbana, aunque con incrementos entre mediados de los ochenta y de los noventa. Uruguay, tal vez el país menos violento de la región, mejoró sensiblemente su estructura distributiva: el decil más pobre subió de 2.7 a 3.7 entre 1981 y 1997, y el más rico bajó de 31.2 a 25.8% en el mismo lapso. Panamá, que padeció también un incremento en la violencia urbana, vio concentrada la participación del decil superior de un 29.1 a un 37.3% entre 1979 y 1997. Bolivia, otro país con muy baja tasa de violencia relativa en la región, vio mejorar su distribución de ingresos: el decil más pobre subió de 0.7 a 1.6% entre 1989 y 1997, y en el mismo período el decil más rico bajó su participación de 38.2 a 37.0%.

- Respecto del porcentaje de hogares pobres y su evolución, no incide en el grado de violencia, pero sí puede incidir el aumento de éste a lo largo del tiempo. Así, por ejemplo, en Buenos Aires dicho porcentaje aumentó de 5 a 13% entre 1980 y 1997, período en que hubo claramente un incremento en la violencia metropolitana. En Santiago de Chile, en cambio, el porcentaje disminuyó de 33 a 12 entre 1987 y 1996, mientras que la violencia no decreció y posiblemente se incrementó. En Caracas se incrementó de 12 a 21% entre 1981 y 1994, período en que también aumentó de manera importante la violencia delictiva.

Los datos que he traído aquí a modo de ejemplo son sugerentes aunque no concluyentes, y permiten inducir que hay mayor relación entre variables socioeconómicas y violencia que entre ésta y las variables sociodemográficas: mientras la concentración urbana no parece incidir en el nivel de violencia, variables como el deterioro en la distribución del ingreso, el aumento del desempleo y de la pobreza urbana, sí pueden influir, no tanto la estructura, como la dinámica en estas tres variables.

Con todo, un dato importante es la combinación que se da en América Latina entre una alta tasa de aumento de la población de las metrópolis, y a la vez una pirámide de edades con muy alta concentración de jóvenes. Esto es relevante porque la violencia delincuencial en la región se concentra (tanto en víctimas como victimarios) en la población joven, masculina de las grandes ciudades. No debe olvidarse que "la ciudad latinoamericana es joven y de gran crecimiento, por lo

cual enfrenta mutaciones constantes en la cultura, el sistema político administrativo y la organización socioterritorial", lo que lleva a [que existan] ciudades "altamente fragmentadas por los abismos económicos, distancias culturales y desigualdades sociales"⁷.

Pero más relevante para entender el problema de la violencia y la inseguridad ciudadana, me parece **la brecha entre expectativas y opciones de consumo de la población**. Esta brecha de expectativas viene dada en gran medida por el abismo que se produce entre consumo simbólico y consumo material.

El discurso del desarrollo y la modernización en América Latina, hasta la década de los 70, asociaba estrechamente la integración simbólica y la material. El acceso a vivienda, empleo moderno con ingresos crecientes, servicios de salud e infraestructura urbana, se asociaba a mayor movilización social, participación política, desarrollo cultural y educación formal. La sociedad de masas moderna venía anunciada con la sincronía entre ampliación del consumo a toda la población, y sociabilización de todos en la lectoescritura, la información actualizada y el uso "opinante" de espacios públicos.

Este vínculo no es claro hoy día. Porque mientras el acceso a recursos materiales encuentra obstáculos en una distribución del ingreso que no mejora, y se agrava en períodos de recesión o ajuste con incremento del desempleo en los grupos de menores ingresos, por otra parte se expande a un ritmo más sostenido e intensivo el acceso a bienes simbólicos como la educación formal, la televisión y la información actualizada.

Hoy hay más pobres que a comienzos de los ochenta en la región; la distribución del ingreso no ha mejorado, y en algunos países se ha deteriorado claramente; la informalidad laboral, hecha a base de ingresos bajos y baja capitalización, crece y se constituye en el sector que más absorbe a las masas de trabajadores que van quedando al margen de la modernización productiva, o a la mayoría de jóvenes de baja capacitación que ingresan al mercado del trabajo; y el premio a la educación alta condena cada vez más a grandes sectores con educación básica o secundaria a empleos de baja calidad, aumentando las brechas de ingreso y prestigio.

Esta brecha entre consumo simbólico y consumo material es relevante. En la medida que la segmentación social coexiste con la apertura comunicacional, se alteran expectativas y patrones de comportamiento. Una parte importante de la población incorpora, como parte de su escenario cotidiano, la disociación entre mayores opciones de consumo simbólico y un acceso más restringido al progreso material. En este sentido, es más difícil la reconciliación entre integración material (vía redistribución de los beneficios del crecimiento), e integración simbólica (por vía de la política, la educación y los medios de comunicación de masas). En el caso de los excluidos, la caricatura del día coloca las manos vacías junto a ojos colmados con imágenes del mundo.

Veamos algunos datos duros. De acuerdo a las estadísticas de la CEPAL entre 1980 y 1990 el consumo privado por habitante en América Latina bajó en un 1.7%. En el mismo período de tiempo, para la región de América Latina y el Caribe, según cifras de la UNESCO, el número de televisores por cada mil habitantes aumentó de 98 a 162. Además, en ese período se reflejaron logros educativos acumulados en décadas precedentes, lo que implicó un aumento sustancial del nivel educativo medio de la población joven. Vale decir: mientras el acceso a conocimientos, imágenes y símbolos aumentó fuertemente, el consumo de bienes "reales" se redujo durante el mismo lapso. Países como México, Venezuela, Colombia y Brasil, de alto nivel de criminalidad en

⁷ Fernando Carrión, "Violencia urbana y juventud", inédito, 1995.

sus grandes ciudades, tuvieron durante dicho lapso un aumento muy fuerte en industria mediática⁸ y en cobertura y logros escolares, y una evolución muy distinta en reducción de la pobreza urbana o mejoramiento en la calidad de vida de los habitantes de la metrópolis. Y sintomáticamente, la década de los 80 y los comienzos de los 90 marcan un salto significativo en los niveles de violencia de las ciudades latinoamericanas, y un aumento muy fuerte en la percepción de inseguridad por parte de la ciudadanía (precisamente, con países como México, Venezuela, Colombia y Brasil a la cabeza).

Si consideramos el período que va de 1970 a 1997, tenemos que el número de televisores por cada mil habitantes en la región aumentó de 57 a 205, las horas de programación televisiva aumentaron geoméricamente de lustro en lustro (y el promedio de horas de consumo televisivo de la población), el nivel educativo medio de la población joven de la región aumentó al menos en cuatro años de educación formal, pero el índice de pobreza la región está hoy al mismo nivel que a comienzos de los 80, y los ingresos reales de la población urbana han aumentado modestamente en algunos países y han disminuido en otros (como es el caso de Venezuela). Así, el acceso al conocimiento, la información, la publicidad, tuvo un ritmo totalmente asimétrico en relación al acceso a mayores ingresos, mayor bienestar y mayor consumo. ¿Alguna posible relación entre esta proliferación del crimen y la mayor brecha entre consumo simbólico y consumo material?

Cuánta violencia tenemos⁹

El indicador más general de la violencia, que expresa tasas de homicidio por cien mil habitantes, muestra que entre los años ochenta y hasta mediados de los noventa hubo un aumento de la violencia en la región. Comparaciones internacionales —realizadas a inicios de los noventa— ubican a la región de América Latina y el Caribe como una de las más violentas del mundo, con tasas promedio cercanas a 20 homicidios por cien mil habitantes.¹⁰ Más recientemente en 1995, un estudio de caso para seis países de la región (Brasil, Colombia, El Salvador, México, Perú y Venezuela) calcula una tasa de 30 por cien mil habitantes.¹¹ Las tasas de homicidios en el período comprendido entre 1984 y 1995 han aumentado en la mayoría de los países de la región. (Ver Cuadro 7). En algunos países, como puede verse, el aumento ha sido muy intenso: Colombia triplicó y Venezuela duplicó su tasa en dicho lapso. El caso de El Salvador es atípico por el contexto de guerra interna y sus consecuencias sobre la violencia.

⁸ Piénsese nada más en empresas del tamaño de Televisa en México u O’Globo en Brasil, o la fortuna de Cisneros en Venezuela.

⁹ Para los datos que figuran en este punto me he basado en: Irma Arriagada y Lorena Godoy, “Seguridad ciudadana y violencia en América Latina: diagnóstico y políticas en los años noventa”, CEPAL, Serie Políticas Sociales No. 32, 1999.

¹⁰ Rodrigo Guerrero, “Violencia en las américas, una amenaza a la integración social”, CEPAL, LC/R. 1795, marzo 1998.

¹¹ J.L. Londoño, “Epidemiología económica de la violencia urbana”, citado por Irma Arriagada y Lorena Godoy, op. Cit.

CUADRO 7

**AMÉRICA LATINA (13 PAÍSES) 1980, 1990 Y 1995: TASAS DE
HOMICIDIO POR CADA 100 MIL HABITANTES**

Países	Fines del 70 Principios del 80	Fines del 80 Principios del 90	Ultima cifra disponible Alrededor de 1995
El Salvador	...	138.2	117.0
Colombia	20.5	89.5	65.0
Honduras	40.0
Brasil	11.5	19.7	30.1
México	18.2	17.8	19.5
Venezuela	11.7	15.2	22.0
Perú	2.4	11.5	10.3
Panamá	2.1	10.9	...
Ecuador	6.4	10.3	...
Argentina	3.9	4.8	...
Costa Rica	5.7	4.1	...
Uruguay	2.6	4.4	...
Paraguay	5.1	4.0	...
Chile	2.6	3.0	1.8

Fuentes: Ayres (1998), OPS (1998), Perú Instituto INEI (1998), Paz Ciudadana (1998), BID (1998).

El fantasma de la violencia

La violencia e inseguridad ciudadana es hoy día uno de los problemas que más preocupa y alarma a las sociedades latinoamericanas. En algunos países de la región la gente privilegia el tema de la seguridad frente a otros como la educación y la salud. En Chile y Argentina, países donde hasta pocos años el problema de la inseguridad en las ciudades ni siquiera figuraba en las encuestas, hoy constituye un núcleo fundamental de preocupación ciudadana, al punto que ha sido incorporado con mucha fuerza en la competencia política entre partidos y candidatos.¹²

De acuerdo a los datos observados, el aumento en la preocupación por la violencia va de la mano con un aumento real de ella en nuestras grandes ciudades. No siempre esta correlación es consistente, pero sin duda guarda mayor proporción que en el caso ya visto del consumo de drogas. Si no encontramos aquí la brecha entre percepción y magnitud del problema ¿en qué sentido, entonces, la violencia es un fantasma que recorre la metrópolis en América Latina? Intentaré algunas conjeturas al respecto, a partir de la idea de que el fantasma es aquello intangible que rebasa el fenómeno, se proyecta desde la especificidad del mismo, y a la vez incide en percepciones y acciones que lo contornean.

En primer lugar el fantasma de la violencia está asociado a los cambios en estilos de vida que se dan en la metrópolis por efecto de la expansión de la violencia. Así, por ejemplo, el sentimiento difundido de inseguridad lleva a que las personas restrinjan su circulación en espacios públicos, eviten salir de noche o visitar ciertos barrios, se recluyan puertas adentro y busquen el esparcimiento en espacios privados. Se reduce así la interacción con otros de diferente origen social

¹² En Chile, las últimas elecciones presidenciales tuvieron al candidato de la derecha Joaquín Lavín al borde de una inesperada victoria. Una de las razones es que en su gestión como alcalde de la comuna de Las Condes fue reconocido por su eficacia en la lucha contra la delincuencia. Algo parecido ocurrió en el período previo a los comicios presidenciales en Venezuela con la Alcaldesa del Chacao en Caracas.

y se desalienta la sociabilidad espontánea que surge de los encuentros en lugares públicos. Los grupos y clases sociales se aíslan con sus propios pares y se generaliza un sentimiento de sospecha hacia los demás o los distintos. Cambia el diseño urbano al proliferar los enrejados y los condominios y a medida que muchos optan por vivir en departamentos y ya no en casas. Aumenta el gasto en seguros contra robos, pago a agencias de vigilancia o adquisición de artículos de protección física. Las actividades comerciales tienden a concentrarse en grandes centros (*malls*"), entre otras cosas porque allí están a resguardo de asaltos y accidentes. Todo esto va también acompañado de la sensación de inseguridad frente a los pobres e indigentes, sobre todo varones jóvenes, percibidos por el resto de la sociedad y por la policía como potenciales delincuentes.

La violencia irradia así un cambio en diseño, vida cotidiana, percepción del otro y valoración de la seguridad. Por lo mismo, su presencia-ausencia circula por aquellos espacios que han debido reconstruirse ascépticamente para conjurar la amenaza del otro. Condominios, malls, puertas reforzadas y segregación de la ciudad concurren en esta "estética epidemiológica" que privilegia la seguridad por sobre el contacto, el desborde y el placer cosmopolita de la errancia en la gran ciudad. En cada opción que nos coloca dentro de este formato de seguridad familiar acecha el fantasma de la violencia, su rictus silente o su risa sarcástica. Cuanto más crecen las rejas de protección, más patente el fantasma que emerge tras el conjuro a la amenaza.

En segundo lugar, el fantasma de la violencia opera generalizando la segregación y estigmatización social. El joven, varón y de bajos ingresos encarna la posibilidad de una agresión o un robo. Padece el contagio de un fenómeno en el que está pasivamente involucrado por coincidencias socioeconómicas, etarias y de género. El fantasma se revierte contra él en un juego de espejos donde su imagen individual se ve re proyectada como prototipo general. Si transgrede las fronteras invisibles del territorio de pertenencia, podrá ser requerido por la policía, impedido de ingresar en locales comerciales, o cuando menos electrizado por miradas que lo desnudan para ver tras su facha un cuerpo al acecho de una víctima (¿pero quién es aquí la víctima?). El fantasma generaliza, construye un arquetipo universal, no discrimina cuando discrimina.

En tercer lugar, el fantasma de la violencia, como el de la droga, opera como relevo temático del conflicto social. No es casual que en tiempos post-ideológicos, donde el conflicto entre clases sociales se lava y lima para pavimentar el camino de la nueva oleada modernizadora, el tema de la justicia social se hace cada vez más inaudible y en su lugar crece, con nítida sonoridad, el de la justicia penal. Por cierto, la percepción de la ciudadanía respecto de los vacíos de la justicia son plenamente fundamentados: hoy día disponemos de información para verificar la corrupción pública, la impunidad en el narcotráfico y en el robo institucionalizado, y los abusos de la policía. Pero también vale la pena preguntarse en qué medida la crítica y condena a la falta de justicia penal acalla ese otro reclamo histórico, nunca resuelto, respecto de las grandes injusticias sociales que recorren las aventuras de la modernidad latinoamericana.

Sin duda el reclamo por mayor justicia penal y transparencia pública debe constituir una bandera en la lucha por extender la democracia. Pero su legitimidad no contradice el riesgo de que tras él opere también la sublimación de ese otro reclamo, tanto o más urgente, de justicia social. Hoy los contrastes en ingresos y niveles de vida son más agudas que antes, y sin embargo la bandera de la justicia social sólo flamea en invocaciones trasnochadas e ideólogos anacrónicos. Del mismo modo, la violencia ha dejado de ser un tema político para ser anclarse en uno de carácter policial-penal, dado que es cada vez más marginal el uso de la violencia en la resolución de conflictos políticos. Por lo mismo, fantasmas surgidos de la represión y de la violencia política se desplazan hoy hacia el fantasma de la violencia delictiva en las ciudades. Entretanto, esta violencia delictiva va ocupando un lugar central en la demanda por mayor justicia penal, se entremezcla con la indignación por la impunidad y la corrupción públicas, revierte proyectos emancipatorios en obsesiones de seguridad ciudadana, licúa las utopías de cambio social en el mar sin olas de la

ciudad protegida. Y no pretendo con esto defender la violencia, sino sólo interrogar sobre los efectos de su fantasma como relevo de otros fantasmas.

En cuarto lugar, el fantasma de la violencia concurre con el de la droga en cristalizar los temores y las fobias que despierta la modernización vigente en América Latina. Temores que emanan de la fragmentación del espacio, del debilitamiento de la cohesión social y de las fracturas de la moral pública y privada, rápidamente se desplazan hacia los objetos de mayor densidad especular y resonancia metafórica: la violencia urbana y el reguero de la droga. Cuestionar el espacio fragmentado, la falta de integración o la incoherencia entre moral pública y privada, es cuestionar la base del sistema y del modo de vida en la gran ciudad latinoamericana. No así impugnar la violencia y el uso de drogas, elementos que si bien pueden nutrirse de ese mar de fondo y aparecer como punta de iceberg, tienen la ventaja que se combaten sin necesidad de poner en tela de juicio el resto del iceberg.¹³

El fantasma opera aquí como desplazamiento pero también como aislamiento y conjuro. La droga y la violencia conjuran el desasosiego que despiertan otros temas pendientes, estructurales y de fondo. Desplazan el desasosiego hacia los problemas de violencia y droga, y luego estos problemas son redefinidos en el discurso predominante (de los políticos, los medios de comunicación y finalmente la opinión pública), de modo tal que quedan aislados del todo social en su carácter de epidemia o tumor que es preciso extirpar para conservar la buena salud del cuerpo colectivo.

En quinto lugar, es natural que el aumento de la violencia despierte en la sociedad y en las personas una autopercepción de mayor vulnerabilidad y fragilidad, más todavía cuando se constata que la justicia penal-procesal está regada de vacíos y excepciones. Nada alimenta más el fantasma de la vulnerabilidad que la anticipación imaginaria de un otro que nos agrede y frente al cual nunca sabemos cuán dañados podemos acabar. La posibilidad de que la agresión ocurra en cualquier parte y a cualquier hora, la incertidumbre respecto de la eficacia de nuestras defensas y de la magnitud de la violencia en los otros, en fin, la sombra de nuestra propia muerte o mutilación como extremo contra el cual se dibuja cualquier escena de violencia: todo ello hace que por definición la violencia se replique exponencialmente como fantasma.

En este marco, la violencia reaviva en las personas su propio guión de vulnerabilidad; activa el eco de las heridas infligidas en el pasado, posiblemente por otros que son parte del propio grupo: padres, hermanos, parientes, amigos, vecinos o compañeros de colegio. Cuanto más cerca percibimos la eventualidad de una agresión violenta, más reflota en nosotros la vulnerabilidad construida en nuestra socialización temprana. El miedo al prójimo que es parte de dicha socialización se desplaza hacia otro que ya no es prójimo sino extraño, bárbaro, radicalmente distinto por factores de raza, territorio, cultura o nivel de ingresos. Y también al revés: nuestra propia agresión retenida hacia nuestros prójimos permite ahora hacerse clara y visible porque se desplaza hacia el otro-extraño, con quien nuestra agresión puede ejercerse sin los sentimientos de culpa que obligaban a reprimirla en nuestro vínculo con nuestro propio entorno afectivo.

Y por último cabe mencionar el tan mentado espectro/espectáculo de la violencia: su uso en los medios y en la competencia política, siempre en un doble juego. Por una parte, para activar en la población una valoración tal de la seguridad que garantice la eficacia y legitimidad del control social, las barreras territoriales y el disciplinamiento familiar. En esto los medios de comunicación

¹³ Es el caso de la política de “tolerancia cero” en el combate a la violencia y de la “guerra a las drogas” en el combate a las drogas: no hay allí cuestionamiento del orden social, sino la construcción del problema-violencia y el problema-drogas como epidemias que se difunden exteriormente respecto del conjunto de la sociedad, y que se pueden combatir en esa misma lógica.

aportan lo suyo: espectacularizan la violencia, la convierten en el centro de la noticia y la proyectan hacia los receptores con una falsa proximidad que no deja de activar los fantasmas de cada cual respecto de la agresión y la vulnerabilidad. En el campo de la política, y ahora de la competencia electoral, el espectro de la violencia permite consensuar medidas de excepción propias de la “tolerancia cero”. El fantasma de la violencia se construye como sostén simbólico del disciplinamiento de la sociedad.

Para terminar

En las páginas precedentes he intentado deconstruir dos fantasmas que recorren las ciudades latinoamericanas, el de la droga y de la violencia. De allí surgen, si no con evidencia contundente al menos como conjeturas fuertes, varias ideas que quisiera resumir a modo de conclusión.

Primero, el fantasma marca una brecha entre la percepción de un problema y la magnitud del mismo en los hechos. Brecha difícil de medir, por cuanto la percepción es cualitativa y la magnitud se expresa cuantitativamente.

Segundo, el fantasma tiene un uso político con fines de control social y también de hegemonía global. Tal es el caso de la política norteamericana en materia de drogas y las políticas internas de buena parte de los países de la región. La guerra a las drogas opera allí como Caballo de Troya. En el caso del combate a la violencia el fantasma también puede cumplir la misma función. Sintomáticamente, son las derechas las que tienden hoy a abogar por políticas más fuertes de control social para garantizar mayor seguridad ciudadana. Los contrapesos entre libertad y seguridad reaparecen no ya como expresión de un modelo económico sino de uno penal y policial.

Tercero, el fantasma opera como desplazamiento de la inseguridad y como construcción de un depositario de la misma: el consumidor de drogas y el delincuente acuñan la carga de fobias y temores que provocan la precariedad laboral, la incertidumbre respecto de la protección de la salud pública y la seguridad social, las exclusiones que ahora genera el trabajo “inteligente”, y la competencia de los jóvenes frente a los mayores en esferas productivas, valóricas y estéticas. El fantasma permite decontextualizar los temores, y reposicionarlos frente a problemas que luego el discurso del orden aísla para interpretar y para combatir.

Cuarto, el fantasma opera como relevo: de la guerra fría a la guerra a las drogas, de la lucha por la justicia social a la lucha por la justicia penal, de la guerra a las ideas a la guerra a los desbordes. El fantasma hace el relevo, pero también el olvido. Eslabona para discontinuar.

Finalmente, el fantasma opera estigmatizando grupos de población, extendiendo el radio de los victimarios a un perfil racial, etario, territorial y socioeconómico. El potencial delincuente o consumidor problemático de drogas es el otro: negro, joven, pobre, marginal urbano, en fin, ese otro que permite canalizar temores cuyo origen puede ser muy distinto –por ejemplo, frente a un semejante que compite en el trabajo o asfixia en el hogar-.

Ciudades que crecen, cambian, se desestructuran y milagrosamente sobreviven a la exclusión, la entropía y las múltiples temporalidades que las habitan. Se expanden a un ritmo que el mundo industrializado no conoce, absorbiendo y excluyendo al mismo tiempo. Premodernas, modernas y posmodernas, las recorren los temores de todos los tiempos. Atávicas y también cosmopolitas, a mitad de camino del desarrollo y de la modernidad, pobladas por fantasmas que eslabonan la historia y a la vez la separan en fragmentos trancos. Fantasmas como la droga y la violencia, que callan su propio mar de fondo para expiarlo, pero no redimirlo.